

# EL FILÓSOFO DE LOS HUERTOS. NICOMEDES MARTÍN MATEOS

(Comentario al opúsculo "El ruiseñor de la Fuente Honda)

*Por José María Hernández Díaz*

*Miembro del Centro de Estudios Bejaranos*

## Introducción

El filósofo de los huertos, como gusta llamar a Nicomedes Martín Mateos su amigo de siempre Alvaro Gil Sanz, es un peculiar pensador que se recluye en su pueblo natal, Béjar (Salamanca), desde donde elabora un sistema de pensamiento, el espiritualismo, al tiempo que ejerce de ciudadano ejemplar durante su prolongada existencia (1806-1890)<sup>1</sup>.

Su vocación filosófica madura ya en sus años de estudiante en Salamanca, aunque se viera obligado a renegar de la filosofía escolástica que recibió en apretadas y generosas dosis durante sus estudios eclesiásticos previos en el seminario de Plasencia. Desde los 19 años, como ya le ocurriera a uno de sus más admirados filósofos y maestros, Agustín de Hipona, siente pasión por los estudios de filosofía. Reconoce que atraviesa por diferentes sistemas filosóficos, hasta que el encuentro con el platonismo le resulta satisfactorio.

El contacto con el liberalismo en la universidad salmantina traza su posterior ideario político de corte liberal progresista que, al paso de los años, le acarrea activismo, compromisos, sanciones, y una definitiva amargura interior hacia la política de partido. Esto es lo que en último término le invita a la soledad filosófica en los bellos parajes de la activa e industrial ciudad de Béjar<sup>2</sup>, desde donde escribe, publica, mantiene contactos y correspondencia con los representantes más cualificados del movimiento filosófico español entre 1843 y 1890.

Es cierto que Don Nicomedes escribe de mucho y de variados temas a lo largo de su vida: de aspectos de la vida industrial de Béjar, de instrucción pública, de las escuelas industriales, ligeros pinitos literarios, de teología, algo de arqueología, muy poco de su profesión de jurisconsulto, y otros asuntos. Pero ante todo piensa, actúa y escribe como lo que es, como filósofo y de filosofía.

Su alma de liberal, pero sobre

todo de filósofo que cree con profundidad y valentía en el poder de la razón, le induce a participar de lleno en la polémica filosófica que se abre en el pensamiento español del tercio central del siglo XIX. Mientras unos apuestan por cerrar filas frente a todo lo que suponga la más nimia crítica de la filosofía oficial vigente, el escolasticismo y lo que conlleva de inmovilismo en aquella España anquilosada aún, otros entre los que se encuentra Martín Mateos apuestan por una España asentada en la razón, en la modernidad, y quieren caminar en esa dirección, aun reconociendo múltiples obstáculos y zancadillas. En realidad forma parte de un grupo de pensadores coincidentes en la etapa isabelina (Laverde, Moreno Nieto, Alonso Martínez, Patricio de Azcárate, García Luna, Rey y Heredia, Nieto Serrano, Mestres, Campoamor, Valera), difícil de encuadrar como corriente, que sienten la necesidad de la reforma de España, y que ésta ha de comenzar por el pensamiento, la razón y la filosofía. Esta reforma exigirá cambios en la estructura política, en la vida económica y social, en la educación del pueblo, en todas las manifestaciones de la vida pública.

Martín Mateos arranca en su pensamiento de lo que considera nodal, la metafísica, y más en particular la de raíz platónica, lo cual le hace complejo de entender y de aceptar por sus coetáneos, sean pensadores o los

mismos conciudadanos. Pero será con seguridad su explícito distanciamiento de las dos corrientes dominantes de la época, el escolasticismo por una parte y por otra el emergente krausismo, lo que le sitúa en la inevitable oscuridad que impone ir en contra de los vientos reinantes.

Su reacción frente a la escolástica, muy en particular contra Donoso Cortes, le acarrea disgustos, polémicas y ostracismo en la carrera universitaria como profesor de filosofía (algo a lo que siempre aspiró, como reconoce), le obliga a salir a la palestra filosófica en las publicaciones más relevantes del momento (*Revista de Instrucción Pública, Revista de España, Boletín Revista de la Universidad de Madrid*, entre otras), o en la prensa local y provincial, y a mantener controversias de gran altura, como la habida con Campoamor hacia 1866.

Aunque mantiene contactos con Sanz del Río, y se muestra respetuoso con el naciente krausismo, se distancia por el convencimiento que alcanza de las serias lagunas que advierte en el sistema metafísico de esta filosofía traída de Alemania.

Martín Mateos quiere entroncar con la tradición filosófica que arranca de Platón (a Aristóteles le asigna el calificativo de charlatán y sofista), Plotino, recoge el agustinismo y culmina en Descartes, Bossuet y Leibnitz. Y ultimamente Bordas Demoulin, su maestro querido. Recordemos lo que dice en este mismo opúsculo

que ahora presentamos..."que nadie usurpe el nombre de filósofo sin.. sin.... sin...", sin Platón, el cristianismo, Descartes y la metafísica de Leibnitz. Todo tiene su raíz en la resolución del problema del origen de las ideas. Por ello polemiza abiertamente contra el sensualismo, el idealismo y el panteísmo, que considera insuficientes y falsos al no resolver de forma satisfactoria el origen del conocimiento. Por tanto es preciso el espiritualismo, para comprender que el espíritu humano y su conexión con el divino es lo que origina el pensamiento, las ideas. Esto es, en síntesis, su filosofía espiritualista, que procede más directamente de quien Nicomedes considera su maestro querido y cercano, el filósofo francés Bordas Demoulin.

Caben breves matices originales, como es la vertiente mística que se percibe en la lectura de sus textos, y que conecta con claridad con la corriente más representativa de la literatura y el pensamiento español anterior, el misticismo. Hay que mencionar también su machacona insistencia en la tolerancia como actitud vital, como ciudadano de la república, y en especial como pensador y filósofo. No podemos olvidar nunca su particular interés en la filosofía práctica, en la ética y la reforma moral de sus convecinos y de todos los españoles. Y vinculado a ello, su persistente interés en los temas educativos, sea la cultura popular, la es-

cuela primaria, las escuelas de obreros y las industriales. La reforma, el cambio han de asentarse en la razón, y ello exige una tarea prolongada de educación<sup>3</sup>.

Esta es, en pocas palabras, la trayectoria filosófica de Martín Mateos, que sabe defender con personalidad ante otras posiciones más en boga en el espectro filosófico europeo.

*El ruiseñor de la Fuente Honda* es uno de esos escasos trabajos que encierran la virtualidad polimorfa de la sencillez de formas, la profundidad de ideas, la brevedad y frescura necesarias, la gracia literaria, el adecuado contexto histórico en escuetas alusiones, y la garantía de haber sabido recoger la síntesis de un profundo pensamiento filosófico en menos de 20 páginas. Adentrémonos en su lectura.

*El ruiseñor*<sup>4</sup> de la Fuente Honda<sup>5</sup>

Salamanca, Imprenta de Juan José Morán<sup>6</sup>, 1851<sup>7</sup>, pp. 20<sup>8</sup>

### Dedicatoria

A mi amigo Don Alvaro Gil Sanz<sup>9</sup>. Unos cuantos pensamientos para tí solo. ¿Y si llegan a otro?. No tengas pena. No todas las almas se entienden como se entendieron siempre<sup>10</sup> la tuya y la de tu íntimo<sup>11</sup>. Nicomedes Martín Mateos.

Son las cinco de la mañana<sup>12</sup> del 23 de abril de 1851. Estoy sentado en

una de las gastadas piedras de la Fuente Honda. Fuente fabricada por los hijos del Profeta, fuente sombreada por los ramos de la yedra, símbolo de las ruinas<sup>13</sup>.

Ni una nube, ni una niebla empañan la transparencia de la atmósfera, ni el blando céfiro mueve las copas de los ciruelos y los manzanos de nuestros huertos.

Los primeros destellos de la aurora traspasan la nevada sierra. Van despertando todos los vivientes y he madrugado más que todos por ver si ha llegado el huésped hechicero de nuestros huertos, el ruiseñor de la Fuente Honda<sup>14</sup>. ¿Tanto te interesa su venida?. ¿Tanto puedes inferir de ella?. - Querido, sigue leyendo.

Embozado en mi capote<sup>15</sup>, con el codo sobre la rodilla y el rostro sobre la mano, semejante a esas pobres figuras que ves pidiendo limosna a la entrada de los templos, pido limosna también a la razón soberana para que me deje vislumbrar al menos un rayo de lo futuro<sup>16</sup>; para que me permita pasar más allá de esos horizontes mezquinos de la política penderciera que ya no sacia ni tu corazón ni el mío. ¡Qué estéril es la política!. Yo lo infiero, como es justo, de todo lo que nosotros hemos politiqueado y<sup>17</sup> ...¡pero qué!. Una lágrima surca mis mejillas.... es lágrima de desengaño, ¿es lágrima de compasión?. Sigue leyendo, querido, sigue leyendo.

Las impresiones de los objetos que

me rodean interrumpen mi meditación. Voy observando cómo se difunde la luz, cómo se esclarecen los montes, cómo se iluminan los valles. Presto el oído y no percibo al ruiseñor de la Fuente Honda, no percibo más que una sola voz compuesta de mil voces, de la estrepitosa corriente del río, de los arroyuelos que se descuelgan del monte, de los seres que vuelven a la vida, voz imponente, majestuosa, indistinta, voz de la naturaleza que nunca escuché con tanto interés. ¡Ay, un peregrino en Tierra Santa no recoge inspiraciones más espirituales!.

El padre del día se asoma en fin por el oriente, y torrentes de luz van golpeando a las puertas y ventanas de mis convecinos, como si quisiera decirles: "Salid, la hora del trabajo ha sonado". A poco escucho las pisadas de tercias y cuartas de compañías de operarios que acuden a sus respectivas filas, a esa revista cotidiana de la industria, en la que no se lucen por cierto los galones, uniformes ni entorchados que en otras revistas más ostentosas sin duda, y menos provechosas por cierto<sup>18</sup>.

Tu no has visto acaso las de mi pueblo. Figúrate a hombres atentos y vigilantes ante motores veloces y despiadados; músculos de carne ante músculos de hierro, inteligencias destinadas a seguir la pista a los cilindros; a los cilindros, querido mío, que son tan rigoristas y despiadados como la política comprensiva, que

primero coge un dedo, después la mano, detrás el brazo, hasta que el cuerpo entero queda acribillado al través de aquellos motores<sup>19</sup>.

La voz de la naturaleza es interrumpida por el mazo de los batanes, por el ruido de las tundidoras, por los telares, por el martillo, por la sierra... y la inmensa orquesta del trabajo principia a exalar por sus innumerables instrumentos notas convulsivas que no me prestan aquel encanto de la voz de la naturaleza... ¿Pero qué digo?. La vieja yedra con que rozaba mi capote se mueve de improviso y el ruiseñor de la Fuente Honda se pone enfrente y me dice... (Querido, escucha y no te extrañes que un pájaro que tan bien canta pueda hablar lo que voy a referirte).

- ¿Creías que no había venido?. Llegué anoche, pero cansado de tan largo camino, te vi bajar por las Olivillas, presumí donde ibas a sentarte, y me oculté para escuchar tu monólogo. Confianza de amigos, ¿no es verdad que lo somos?.

- La duda sola me ofende. ¡Ah, si se quisieran tanto como nosotros los conservadores y los retrógrados!<sup>20</sup>. Pero dime ante todo: ¿de dónde vienes?, ¿cómo te ha ido?.

- Vengo del Asia. He pasado el invierno en las cercanías de Jerusalem.

- ¡En las cercanías de Jerusalem, y vuelves a la Fuente Honda!.. ¡Qué feliz eres!. ¿Y tienes allí algún amigo que escuche con tanto placer como

yo al trovador de los huertos?.

- Sí tengo. Y para ti me ha dado encargos. Pero dime antes algo de tus cuitas. Ese semblante parece un tanto más melancólico. ¿Qué te ha ocurrido de nuevo?.

- Nada notable. Cuando más, chismecillos que no han menester de análisis. Porque en esta vida, querido ruiseñor, sucede por fas o por nefas lo que en las ferias de gran concurrencia: ya le pisan a uno, o pega uno un codazo a otro, y hay que estar diciendo siempre: "usted disimule", "no hay de qué", etc.

- Vaya, todo eso es moneda de paso. ¿Y cómo vamos de cesantía?<sup>21</sup>.

- Hay barruntos de que se nos vaya a hacer justicia.

- ¿En el cielo o en la tierra?.

- ¡Qué cosas tienes!. Siempre se ha hecho justicia en el cielo; acá en la tierra.

- ¿Qué cambio ha habido desde mi salida?.

- Muy grande. Los ministros andan a pie como los cesantes.

- ¡No es poca novedad por cierto!.

- ¿Y cómo ha ocurrido ese cambio?.

- No te puedo decir yo, porque en política soy un zote. No dejo de abrir los ojos y dar curso a mis pensamientos, y muchas veces cojo al vuelo ideas que atraviesan mi frente, átomos redondos y retorcidos que iban

sin duda alojados a cerebro de otro y que yo intercepto inocentemente...

- Bien, y por esas ideas cogidas al vuelo, ¿qué me dices del génesis de ese cambio?.

- Poco puedo decirte, porque yo no tengo periódicos<sup>22</sup>. Algunas veces los espumo mientras un contertulio apura una punta de cigarro. Pero hace algún tiempo que leí un discurso del Sr. Marqués de Valdegamas, en que apuntando al Teatro Real, decía al partido polaco<sup>23</sup>...

- ¿Qué quiere decir ese mote?.

- Ni sé quién lo ha inventado ni sé qué significa. Me sucede lo mismo que cuando me llamaban a mí ayacucho. No me da el naipe para tales indagaciones...

- Pues sigue con el Marqués de Valdegamas.

- Te decía, que el Sr. Marqués de Valdegamas, que ha recorrido el diapasón de todos los sistemas, y se va a quedar con el peor si Dios no lo detiene, decía al partido polaco: "ese Teatro Real es el símbolo de vuestras doctrinas materialistas, como el templo del Escorial es el símbolo de las doctrinas religiosas"<sup>24</sup>... Desde que oí esta acusación verdadera en sí, exceptuando la comparación, dije para mí: el partido polaco está muerto, porque hay postemas que al quitar el vendaje todos dicen no tienen cura, ¿no has entendido?.

- Sí, lo que no he entendido es por

qué exceptuabas la comparación del Marqués de la certeza de su acusación.

- Porque ya ves que llamar al Escorial, -esa soberbia mole egipcia-, llamarle el símbolo de las creencias religiosas, es una equivocación grosera. Si hubiera dicho de las creencias teocráticas, hubiera estado más oportuno.

- ¿Pues han pasado ya los Pirineos las doctrinas teocráticas?.

- Vaya, ¿ignorabas tu eso?. Pues para no acabar de entendernos nunca, el colérico De-Maistre, Bonald y comparsa tienen ya una clientela inmensa en esta nación desgraciada. Y a esa escuela de De-Maistre que ha causado más males a la religión que la de Voltaire, presumo yo que pertenece el Sr. Marqués citado. Es una lástima que un señor de tan buenos deseos se haya dejado pescar por los sofismas de tal escuela, y vaya a representar ante nosotros lo que Montalembert en Francia. ¿No me entiendes?... Pero dejemos la política que es puntillosa de suyo, y de suyo chismográfica. Dime qué amigo tienes en las cercanías de Jerusalem, y qué encargos te dió para mí, según indicaste al principio.

- Tengo a una viuda griega<sup>25</sup> de un mirar expresivo y tierno, modesta, juiciosa, recatada, melancólica...

- ¡Qué viuda tan hermosa!. ¿Cómo se llama?.

- Se llama filosofía, ¿la conoces?.

- ¡Que si la conozco!. ¡Dios mío!. Ha sido siempre la íntima de mis delicias. ¿Pero cómo vive en esa soledad?. ¿Por qué no vuelve a Europa donde tanta falta hace?.

- Cuando me despedí de ella la pregunté: ¿qué me dices para el amigo de la Fuente Honda?. Dile, contestó, que desde 1716<sup>26</sup> me retiré a esta soledad donde me distraigo con el sonido de la campana del Santo Sepulcro, con la perspectiva de esas formidables montañas de las que un día salieron tantas voces patrióticas contra los tiranos del mundo, con la contemplación de tantas ruinas que destila en mi alma ese bálsamo de la melancolía que suaviza el enojo de tantos sofistas<sup>27</sup> como hoy inundan la Europa.

- ¡Pobrecita!. Me entenece su aislamiento, pero no lo extraño. Un día, ruiseñor amable, esa hermosa viuda vivió con Platón el divino, en cuyas obras parece que de consuno trabajaron todas las musas, porque todas las musas son el cortejo inseparable de la filosofía<sup>28</sup>. ¡Dios mío!. Quien no haya leído el banquete de Jenofonte, quien no haya sentido el suave perfume de esta hermosa flor ática,... no sé qué decir, ruiseñor amable. Dí de mi parte a esa hermosa viuda, que si no hubiera educado por sí misma a ningún otro mortal que a Platón, sería para mí... no sé qué decir...

- ¿¡Tanto admiras a Platón no obstante de ser pagano!?.

- Más le admiró San Agustín<sup>29</sup>, no obstante el mismo defecto, y aún el colérico De-Maistre dice que el platonismo fue el prefacio del Evangelio. ¿Y pudiera no admirarle cuando no he visto en escritor alguno la magnificencia, la pompa y la melodía de su lenguaje, ni el encanto que respiran sus pinturas?. ¿Te parece que si Platón hubiera imperado siempre se hubiera fugado de entre nosotros la filosofía?. Verdad es que San Agustín, cuyos escritos exhalan un perfume delicioso, cuyas confesiones respiran una melancolía muy distinta de las de Chateaubriand, de Stael, Benjamin Constant y de Lamartine, en cuyos escritos se advierte un sentimiento vago, indeterminado, una indecisión que no señala una creencia precisa y que deja flotar los contornos de las cuestiones entre los vapores de un crepúsculo que no es la noche ni llega jamás a ser el día... ¡Qué distinto es el Platón del cristianismo!.

- ¿Parece que le admiras tanto como a la abeja del Turia?.

- No has dicho bien, le admiro mucho más. Pregunta si no a la viuda si ha habido un hombre que tan temprano se precipitase con ardor de la sangre africana en las tempestades de las pasiones; si ha habido un hombre cuya vida atravesase situaciones más complicadas y más azarosas; si ha habido un hombre que a los 19 años se apasionase con más vehemencia por la verdad,

por la sabiduría, por la filosofía; si ha habido un hombre que con más atención prestase el oído a todas las ideas, a todos los sistemas y a todas las creencias; si ha habido un hombre que, en fin, dejase escrito un libro que tantos otros ha motivado, que no tenía ante sí ningún modelo y que es inimitable en las pinturas de tantos detalles de intimidad, de tantos análisis de los secretos del corazón, y de tantas agitaciones del espíritu...

- Me deleita tu entusiasmo, y te oiría con gusto algún pasaje de esa obra que tanto ensalzas.

- Por una cita cualquiera no podrías formar idea. Yo aconsejaría a todos los amantes de la filosofía que estudiaran el libro décimo de las Confesiones. En él verían hasta donde y cómo se eleva un discípulo de Platón en busca de la belleza incorruptible. "¿Qué es lo que yo amo, cuando os amo, Dios mío?". Escucha lo que responde y parecerá que oyes a Platón cuando en el Phedra representa las legiones de genios conducidos por el supremo jefe hasta la cima del cielo, donde reside la verdadera esencia de la justicia, de la sabiduría, de la belleza... "¿Qué es lo que yo amo cuando os amo?. No amo, no, responde, a una hermosura corpórea, ni a la bondad transitoria, ni a la luz material, ni a las suaves melodías de las canciones, ni a la gustosa fragancia de las flores, ni a la dulzura del maná, ni a deleite alguno de los sentidos del cuerpo. Y esto no obs-

tante amo una cierta luz, una cierta fragancia, un cierto manjar y un cierto deleite, cuando amo a mi Dios que es luz, melodía, fragancia, alimento y deleite de mi alma; de mi alma en la que resplandece una luz que no ocupa lugar, en la que se percibe un sonido que no le arrebatara el tiempo, una fragancia que no la esparce el aire, el gusto de un manjar que no se consume comiendo, un bien tan delicioso que nunca sacia ni nunca engendra fastidio. - ¿Pero dónde está todo eso?, pregunté a la tierra, y me dijo: no soy yo eso que tu buscas; y todas las cosas que en la tierra existen me respondieron lo mismo. Pregunté al mar y a los abismos y a los animales acuáticos y respondieron: "no somos tu Dios; búscale más arriba". Pregunté al aire, al cielo, al sol, a la luna, a las estrellas, y me dijeron: no somos el Dios que buscas. - Pues decidme al menos todas algo de él. Y una gran voz cundió resonando que decía: "El es el que a todas nos ha hecho".

- Querido Alvaro, al acabar la última frase citada, voló el ruiseñor a la rama de un saúco, y entonó un canto que me extasió por un momento y me hizo decir después: ¡Platón!. ¡San Agustín!, genios sublimes, razón tenéis; y el canto del ruiseñor confirma vuestras creencias. Nunca observé como ahora que el alma es como una esfera infinita engastada en otras mil esferas concéntricas, cuajadas unas de sonidos, otras de



colores, de afecciones, de ideas, que vibran según ciertas leyes, y que la vibración de una esfera se comunica a todas las otras y de todas ellas resulta una armonía, un concierto, que es la vida, cuya expresión en cierta forma es el arte, en otra la filosofía, la poesía, la religión, etc. Aunque fuera ofenderte el suponer que no me has entendido, voy a repetirme, porque toda verdad es como un clavo, que cuanto más se le macha más hondo entra. Dí a nuestros amigos que si alguno de ellos llega un día a mandar en esa Universidad tan querida de todos nosotros, que mande borrar, si no se ha borrado, un dístico de una de las puertas de la biblioteca.

Lienzo dispuesto o tabla preparada

es el entendimiento etc.

Dí que lo borren, amigo mío, dí que lo borren, y ya me entendiste<sup>30</sup>.

Después de algunos minutos el ruiñeñor volvió a mí y le dije: - ¿Qué te ocurrió para interrumpir la cita que te narraba?

- ¡Qué me ocurrió!. La cita que tu me narraste me hizo entonar el hosanna con que alabamos a Dios los músicos de los huertos. La viuda, mi amiga y tuya, habla siempre con veneración de vuestro amigo Agustín. Ratos deliciosos, me decía, pasé en su compañía. Pero a poco de espirar fue levantándose una temible legión de sofistas bajo las órdenes del farraquista Aristóteles, que me hizo huir a

mis soledades.

- E hizo bien, querido ruiñeñor. ¿Qué había de hacer la filosofía entre los nominalistas, los realistas y los conceptualistas que tanto ruido metieron en la Europa?. Cuando los hombres dejaron de escuchar a Platón y San Agustín, cuando olvidaron que las ideas son nuestros únicos medios de conocer; que estas ideas son la sustancia misma de nuestro espíritu; que la filosofía no es más que el retorno del espíritu sobre sí mismo; no es más que el nosce te ipsum inscripto en el templo de Delfos, pretendieron conocer los objetos en sí mismos, o en las palabras, en los universales, y de aquí los sofistas de la Grecia y los escolásticos de la Edad Media, es decir, el inmortal oprobio de la razón humana<sup>31</sup>.

- Estás de acuerdo con la viuda, pero decía: tras esa raza de charlatanes y vocingleros que todo lo redujeron, como Hamlet exclamaba, a palabras, palabras y palabras siempre, se levanta un genio, que se separa del mundo, que cierra los ojos y los oídos para no escuchar a voz humana que pretende buscar un principio independiente de las tradiciones y de las escuelas, para acabar con sus insoportables yugos. Qué genio tan libre, ¿le conoces?. - Sí, el gran Descartes. Tan libre y tan independiente que cuando le arguían con el peso de las autoridades, exclamaba como irritado: "autoridades a mí, que ignoro hasta si hay hombres". De seguro

que no conocerá jamás a la hermosa viuda quien no haya estudiado, además de Platón y el libro décimo de San Agustín, las meditaciones de Descartes y el discurso sobre el método. Pero ¡ay! tocamos rruiseñor querido, al umbral de los sofistas modernos que retraen a la viuda de volver a Europa.

- No te entiendo. De eso no la habré oído nada. Expíciate.

- No obstante lo mucho que la filosofía debe a Descartes, está probado que, por no haber profundizado la teoría de las ideas, tiende a todos los sistemas y da armas a todos los partidos. De sus sanos principios procedieron dos grandes genios, Leibnitz y Bossuet. Que no usurpe el nombre de filósofo quien no haya estudiado los nuevos ensayos sobre el entendimiento humano del primero, ni el tratado del conocimiento de Dios y de sí mismo del segundo. Pero escucha: como Descartes afirma que las percepciones son pasivas y los cuerpos inertes, dió margen a pensar que Dios es la sustancia única de los espíritus y de los cuerpos. De aquí el panteísmo de Spinoza, Malebranche, Fenelon, Berkeley, Schelling, Hegel y Bonald.

Como Descartes afirma también que las ideas generales no son parte sustancial de nuestro espíritu, y que no existen más que en el momento de su percepción, dió margen al idealismo, seguido por Arnauld, Regis, Reid, Kant, Fichte y Maine de Biran.

Como Descartes también, hace proceder las ideas generales (exceptuando las de Dios y el alma) de la contemplación de los objetos físicos, dió margen al sensualismo y de aquí a Hobbes, Gassendi, Locke, Condillac, Tracy<sup>32</sup>.

Ahora bien, querido rruiseñor, ¡si supieras la zambra que han armado los innumerables discípulos de Panteístas, Idealistas y Materialistas que hoy inundan la Europa!. ¡Si vieses y palpases como yo veo y palpo, y que cada sistema político tiene sus legiones armadas!. Si oyese el ruido de tanto disparo de estas malditas legiones y vieses a la par oscurecido el cielo con el humo de este continuo bombardeo, no extrañarías que exclamara yo como gritaba Ajax en la empeñada defensa del cadáver de Patroclo

Libra ya padre a Jove a los Aquivos

De niebla tan oscura, haz que veamos;

Serena el cielo y a la luz del día

Destruyanos a todos si te place.

- Esa altiva plegaria estaba bien en la boca de uno de los guerreros de Homero; en la tuya no la apruebo.

- Yo no pido, querido rruiseñor, más que luz.

Pues escucha el encargo que para tí me dió la viuda: "Dí al amigo de la Fuente Honda, que pronto saldré de mi retiro y volaré a Europa; que mientras tanto, bien sabe que hay

una luz que ilumina a todo el que al mundo viene, luz que debe consultar más que a los libros, que son guías más falaces.

Que consultando esa luz verá, que esa inocente lucha de los partidos y de las escuelas que tanto le asusta, es el alborozo natural al ver que los viejos cimientos del edificio social se desploman.

Que un nuevo orden de cosas comienza, no por un cambio en las formas, sino en la base.

Que todas esas tendencias políticas y sociales descansan en la robusta piedra angular que asentó mi hijo Descartes, probando la espiritualidad<sup>33</sup> de la razón humana.

Porque si la razón es vigorosa y exenta de errores, la libertad debe ser absoluta y la autoridad nula; extremos ambos, y ambos engendros de esa ligereza epidémica de juzgar de todo, sin estudiar lo bastante.

Dile también que esa superficialidad de las doctrinas políticas que no se apoyan en los estudios metafísicos del hombre, no producirán más que lo que han producido, palabras, palabras, palabras siempre; palabras que cruzan desde la extrema izquierda, a la extrema derecha y al centro, sin más resultado que lo que decía el titiritero al mono de vuestra fábula<sup>34</sup>.

¿De qué sirve tu charla sempiterna,

Si tienes apagada la linterna?.

Dile asimismo que ahora es la época en que puede escribir con más acierto sobre la tolerancia...<sup>35</sup>.

¿Con más acierto, dijo, querido ruiseñor?. ¿Vió la viuda mis dos opúsculos?<sup>36</sup>. ¿Qué dijo sobre ellos?. La verdad, nada me ocultes.

- La verdad te diré, porque estamos solos y no te ruborizarás como si te lo dijese en un público<sup>37</sup>. Cuando leyó tu primer opúsculo la conocí que en unas páginas se entusiasmaba y en otras fruncía sus hermosas cejas. Luego que concluyó, la oí decir dos solas palabras que tu sabrás qué significan, membra disjecta...

- Verdad es, razón tenía. ¿Y leyó el segundo opúsculo?. ¿Qué dijo de él?.

- Le leyó con más gusto. Pero me dijo : si hablas alguna vez al amigo de la Fuente Honda, dile que el dogma de la preexistencia es una bella quimera; que estudie más a Platón y que no juzgue del cristianismo sin haberle estudiado profundamente; que le estudie en San Agustín y en Bossuet. Dile también que ese olorcillo de socialismo<sup>38</sup> necesita que medite lo que Benjamín Constant decía del primer socialista: "Saint Simon quiere que el mundo se mude de camisa, pero no está tejida la tela".

- Verdad, verdad en todo, querido ruiseñor, dila que estoy ya a salvo de esas dolencias. Continúa con los encargos que para mí te hizo.

- Dile que ahora es cuando debe

escribir sobre la tolerancia, objeto sublime, cuestión suprema del siglo; pero que no olvide que para llegar a su altura es menester que tome el vuelo desde más lejos.

- Lo entiendo, querido rui señor, lo entiendo y sigue.

- Tomando el vuelo desde más lejos, verá bajo de sí que se arrastran en la arena los discípulos de Lamennais, de De Maistre y de Bonald, que han hecho más daño a la religión y a la filosofía que los discípulos de Voltaire. Porque niegan la espiritualidad del pensamiento y la existencia real de la verdad, sin las que la libertad, el progreso y la tolerancia, no tienen apoyo ni base.

- Dile asimismo que mis hijos predilectos (Platón, Plotino, Agustín, Descartes, Leibnitz y Bossuet) le harán conocer la ruta que debe seguir entre el absolutismo y el socialismo, entre la teocracia y la religión, entre el trapismo y el sibaritismo que producen ese mareo que experimentabas al romper el día antes de nuestro saludo. Adiós amigo...

- ¡Cómo!. ¿Me dejas ahora que tanto tenía que preguntarte y tantos encargos que darte para la viuda de las cercanías de Jerusalén?. Dime siquiera si la oíste, si había alguna receta contra el sibaritismo, que es la peor langosta...

- Sí, algo la oí sobre eso. ¿Has leído la historia de Robinson?

- De muchacho me entretenía

mucho.

- ¿Cuál era la aspiración y el continuo anhelo de Robinson en su isla?

- Fabricar una canoa para salir de aquella soledad espantosa.

- Pues ese camino es vuestro destino en la creación y la contemplación de ese destino. Es una buena receta contra todas vuestras dolencias.

- No te he comprendido bien.

- Pues escucha. El hombre baja a la tierra a construir su canoa. Unos quieren construirla de oro, y trabajen, sudan, riñen, comercian, viajan, y cuando se pueden llamar ricos su canoa está concluida; a la tumba.

Otros aspiran al mando, vocean, conspiran, escriben, y cuando lograron el puesto que anhelaban, la canoa estaba concluida; a la tumba.

Otros quieren gozar mucho, y engordan en un ocio venturoso, y gruñen y censuran, y riñen contra el menor ruido que les altere, y en cuanto llegan a gustar el sosiego a que aspiraban, la canoa está concluida; a la tumba. ¿No ves qué receta tan saludable?. Y hay que añadir que la canoa de oro se hunde en los mares de ultratumba... y ... pero atiende: ya bajan las lavanderas a la poza de la Fuente Honda. Baja tu una noche de mayo y hablaremos. Adiós, adiós...

Querido Alvaro, tal fue mi coloquio con el trovador de los huertos. Descífrale, aunque para ti no sea un

jeroglífico. Llevas en él el quinino de todas mis creencias<sup>39</sup>. A Dios pido que si llegas a padecer las intermitentes que yo padecí en un tiempo, se te quiten, y vivas y bebas y dures hasta que mi obra de filosofía<sup>40</sup> encuentre un editor y pueda mandarte un ejemplar lujoso, en el que veas el fruto de los estudios del filósofo de los huertos, como llamáis a tu íntimo.

### Nicomedes Martín Mateos

---

<sup>1</sup> Véase HERNANDEZ DIAZ, José María.: Don Nicomedes Martín Mateos. Antología de textos breves. Edición, prólogo y notas. Béjar, Casino Obrero de Béjar/ Caja de Ahorros de Salamanca, 1990, pp. 292. En esta obra recogemos la bibliografía aparecida en torno al autor, muy dispersa y breve todavía. Con motivo de la celebración del centenario de su muerte en 1990 han aparecido otros trabajos menores, pero se echa en falta un estudio amplio y actualizado de su significación filosófica global. En este mismo trabajo recogemos los aspectos básicos que definen su biografía personal, ciudadana, educativa y filosófica, cfr. IDEM, *Ibidem*, pp. 13-40.

<sup>2</sup> Para la comprensión de la sociedad y la vida cultural de Béjar, cfr. HERNANDEZ DIAZ, José María.: Educación y sociedad en Béjar durante el siglo XIX. Salamanca, Edic. Universidad, 1983, pp. 356.

<sup>3</sup> Remitimos a nuestro trabajo "El pensamiento pedagógico de Nicomedes Martín Mateos", presentado al VII SEMINARIO DE HISTORIA DE LA FILOSOFIA ESPAÑOLA E IBEROAMERICANA. Cfr. HEREDIA SORIANO, A. (edit.): Exilios filosóficos de España. Salamanca, Edic. Universidad de Salamanca, 1992, pp. 245-253.

<sup>4</sup> El ruiñeñor no es más que una figura literaria elegida para representar al intermediario entre la fi-

losofía y el filósofo. Es elemento clave del diálogo que utiliza el autor siguiendo el modelo platónico. Pajarillo propio de la llegada de la primavera, aquí el ruiñeñor significa también la esperanza de la luz que aporta la nueva primavera, la nueva filosofía que se anuncia.

<sup>5</sup> La Fuente Honda es un idílico paraje de los alrededores de Béjar, al parecer construida por antiguos pobladores árabes (hijos de Mahoma)

<sup>6</sup> En esta imprenta salmantina publica algunos de sus primeros trabajos, tales como Cuatro palabras a Don Casimiro Roa y Rozas, 1849, pp. 21; Breves consideraciones sobre la reforma de la filosofía, 1853, pp. 16.

<sup>7</sup> Cuando escribe este trabajo, Don Nicomedes está ya en su madurez personal y filosófica. Después de 20 años de mutismo, pero de incesante reflexión creadora, se decide a escribir. Cuenta con 45 años, y es ahora cuando inicia una casi frenética carrera publicística. Llegará a publicar hasta el final de su vida unos cien trabajos entre libros y artículos de revista y de prensa, mientras en 1851 sólo había sacado a la luz *La Tolerancia*. Opúsculo político dedicado a Don Simón Santos Lerín. Madrid, Imprenta del Siglo, 1848, pp. 48, *Invitación de la fábrica de Béjar a las demás del Reino sobre la defensa del sistema protector e impugnación del libre comercio*. Salamanca, Impr. Oliva, 1848, pp 21, y el ya citado *Cuatro palabras....* Hasta este momento ha reposado su sistema filosófico, se ha asentado personal y profesionalmente entre las sierras de Béjar después de vivir algunas aventuras políticas y profesionales en Madrid y otros lugares (Peñaranda de Bracamonte, Piedrahíta, Cieza, Andujar) donde le llevó su profesión de juez.

<sup>8</sup> Este opúsculo, uno de los más representativos del pensamiento de Martín Mateos, vuelve a reproducirse años más tarde en *La Locomotora* (Béjar), 1,2 y 3 (1880), y también en la *Revista de España* (Madrid), 1880. También publica *El nuevo ruiñeñor de la Fuente Honda*. Salamanca, Imp. de José Atienza, 1858, pp. 58, donde amplía sus consideraciones iniciales.

<sup>9</sup> Esta primera y tímida salida de su pensamiento a la luz pública se produce en forma de breve opúsculo, y no de tratado u obra sistemática, y se dedica a uno de sus más íntimos amigos y correligionarios, Alvaro Gil Sanz. Este profesor y político, que milita con Nicomedes en el partido liberal progresista, será una de las figuras de la política y la in-

telectualidad salmantina del tercio central del siglo XIX. Participa de forma muy activa en la política local hasta que en el Sexenio desempeña más elevadas tareas. Es miembro cofundador de varios periódicos salmantinos, tales como Revista Salmantina, El Salmantino, ¡Adelante! y otros. Escribe varios trabajos, como El jurado. Su historia, importancia y situación actual. Madrid, Tip. El Globo, 1876, pp. 101. También escribe "Noticias históricas de la Universidad de Salamanca", "Sobre la ciencia social", "Indicaciones sobre reforma en los establecimientos penales", todos ellos en Revista de España, en los años 1869-1874.

<sup>10</sup> Parece que su amistad se remonta a los años de estudiantes de derecho en la Universidad de Salamanca, en los años 1828 en adelante, hasta que hacia 1833 se licencian.

<sup>11</sup> Propone en este trabajo unos pensamientos, no una obra sistemática, algo a lo que se muestra bastante reacio a elaborar, aunque no tanto como luego veremos. Muestra, además, un claro intimismo filosófico de corte místico, nota definitoria de su posición filosófica, que pretende enlazar con la tradición del misticismo español. Artículos que publica años más tarde lo confirman. Véase, por ejemplo, "Fray Luis", La Provincia, Salamanca, 29 de diciembre de 1867; "La madre Santa Teresa de Jesús", Revista de España, IV (13 de septiembre de 1868) 201-222; IX (28 de agosto de 1869) 511 y ss; "De la estatua de Fray Luis de León", ¡Adelante!, 27 de mayo de 1869; "Fray Luis considerado como teólogo, filósofo, poeta y hombre". Prólogo de Martín Mateos en Album dedicado a Fray Luis de León con motivo de la estatua que se le erigió en Salamanca el día 25 de abril de 1869. Salamanca, Impr. Oliva, 1869, pp. 233.; "Los místicos españoles", Revista de la Universidad de Madrid. Son 12 artículos publicados entre 1873 y 1877. Tratan de "Libro de Job", "Santa Teresa", "La perfecta casada", "Los nombres de Cristo", entre otros, II (1873) 274-93; 485-502; III (1874) 161 y ss; 413 y ss; 674 y ss; IV (1874) 577-89; V (1875) 158 y ss; 348 y ss; 579 y ss; VI (1876) 658 y ss.

<sup>12</sup> No es una hora propia de los hombres de su tierra. Martín Mateos no es un bohemio, pero sabe captar lo profundo del paisaje y del paisanaje, por lo cual resulta que esta hora, más propia de los poetas que de los operarios, sea una buena hora del pensar filosófico para el amanecer de un pueblo trabajador como es el bejarano. De todas formas, sabemos que el filósofo de los huertos acostumbra a madrugar mucho y a acostarse pronto.

<sup>13</sup> Juega aquí con el doble significado de ruina: la filosófica de la época presente, ante la cual propone como alternativa el espiritualismo, y el abandono y ruina de un tipo de sociedad tradicional sobrepasada por la industrial, que ya no cuida fuentes de la belleza que encierra una como la Fuente Honda, más propia de otros tiempos. Es frecuente la licencia literaria de la ruina en su obra, así como sus paseos entre edificios ruinosos de Béjar y Salamanca, fruto de la desolación que produjo la llamada Guerra de la Independencia. Véase, por ejemplo, "Tres días en Salamanca", Revista Salmantina, 9 de noviembre de 1851, pp. 67-69; 30 de noviembre de 1851, pp. 104-105.

<sup>14</sup> Pone una vez más de manifiesto su pasión por Béjar, su pueblo, clima y paisaje, y trata de sugerir que es el marco más apropiado para el diálogo con el ruiseñor, para hacer filosofía. Ser filósofo precisa de reposo, calma, apacibilidad y dejarse impregnar de sensaciones transparentes. Aquí se trasluce parte de la atracción que ejerce sobre Martín Mateos la obra poética de Fray Luis de León.

<sup>15</sup> El capote es una de las piezas del vestido más populares para combatir el frío. Es de lana y se fabrica en Béjar en cantidades suficientes como para exportar y atender las demandas.

<sup>16</sup> Denota aquí una explícita conexión con el cartesianismo al manifestar dudas, modestia, pero sobre todo una profunda creencia en el poder de la razón (razón soberana). En obras y trabajos que publica mucho más tarde parece mitigar este racionalismo claro de su primera etapa como publicista, si bien el eje de su sistema filosófico ya queda perfilado desde estas fechas.

<sup>17</sup> Aunque en este texto denota un evidente recelo y acritud ante la política de partido y sus pendencias, se muestra mucho más moderado que en el ya citado trabajo La Tolerancia, donde se despacha más extensa y agriamente. Entre otras razones porque su compromiso político con el partido liberal progresista le ocasiona la pérdida del puesto de juez hacia 1843, y le deja "a la luna de Valencia", como él mismo reconoce. Sin embargo, hacia 1854 forma parte del grupo de aspirantes a diputado por la provincia de Salamanca, aunque fracasa en su empeño. Ello le aparta definitivamente de la política de partido, si bien nunca cesa en su compromiso por su ciudad natal, Béjar, donde desempeña la responsabilidad de alcalde y lleva a cabo numerosas iniciativas ciudadanas y educativas.

<sup>18</sup> Este párrafo sabe conjugar la metáfora, lo poético y la estética literaria con una fina crítica en la que contraponen la laboriosidad de un pueblo como el de Béjar, que vive ya en estas fechas en plena eclosión industrial, con una milicia que vive de sueños y lucimientos de galones, pero no de eficacia y trabajo.

<sup>19</sup> El rigorismo propio del maquinismo, de la industrialización, en realidad de Occidente, que también caracteriza a la política vigente en la España del momento, choca con el espíritu de libertad que asigna a la filosofía, y que en este opúsculo parece proceder de Oriente, pues el ruiseñor, que es el anunciador, ha volado en esta ocasión desde Jerusalén.

<sup>20</sup> Una de las constantes de su trayectoria política es la fidelidad al liberalismo progresista. Pero también desde el plano del pensamiento filosófico es persistente su crítica a todas las posiciones dogmáticas y retrógradas, como la que para él representa el escolasticismo.

<sup>21</sup> Continúa muy preocupado el filósofo por resolver su cuestión profesional, la cesantía obligada en la judicatura. Espera ser rehabilitado algún día en su puesto.

<sup>22</sup> Todavía no ha aparecido en estas fechas ningún periódico en su ciudad, Béjar. La prensa salmantina es casi inexistente en 1851, aunque pocos años más tarde se inicie una feliz floración, cfr. GARCIA GARCIA, Jesús.: Prensa y vida cotidiana en la Salamanca del XIX. Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 1990. Martín Mateos se refiere a la prensa de Madrid, de donde se ha apartado con la decisión de recluírse en las serranías y huertos de Béjar. De todas formas Don Nicomedes está más al tanto de las cosas que lo que dice en realidad, muy en especial de las publicaciones científicas y filosóficas de Madrid.

<sup>23</sup> Desde los años 40 hasta el final de sus días aparece enfrentado al Marqués de Valdegamas (Donoso Cortés), al partido conservador, al escolasticismo más radical y a todas las posiciones retrógradas. Por ahora publica uno de sus trabajos más extensos Ventiséis cartas al Señor Marqués de Valdegamas. Contestación a un ensayo sobre el catolicismo y el socialismo. Valladolid, Impr. de Don Gerónimo Marcos Gallego, 1851, págs. 216. En esta obra polemiza abiertamente con el tradicionalismo filosófico que representa el Marqués de Valdegamas.

<sup>24</sup> Martín Mateos es muy sensible a la distinción entre teocratismo y creencias religiosas. El, cristiano

de posición muy arraigada, lamenta la identificación interesada que realiza el tradicionalismo entre teocratismo y religión cristiana, y por ello reniega del Escorial como símbolo de creencias religiosas. Lo hace con frecuencia en muchos de sus trabajos.

<sup>25</sup> Esta viuda no es otra que la filosofía griega, en concreto la platónica. Resulta curioso cómo quiere situarla en Jerusalén, dando a entender que sólo la síntesis entre filosofía griega y cristianismo, que para él queda expresada en la obra de San Agustín, es la auténtica filosofía. Al paso de los siglos ha quedado ahogada por el escolasticismo y la filosofía del XVIII. La filosofía espiritualista de Martín Mateos se inserta, pues, en la corriente platónico-agustiniana, Cfr. El Espiritualismo, iam cit.

<sup>26</sup> Sugiere aquí Don Nicomedes que desde la muerte de Leibnitz (1716), a quien admira como el último gran filósofo, no han nacido otras filosofías importantes capaces de incidir sobre el origen del conocimiento. Sólo respeta la contribución de su maestro Bordas Demoulin

<sup>27</sup> Martín Mateos ciudadano, dado a la continua concordia y la armonía en los conflictos y problemas de sus convecinos, es sin embargo bastante proclive a la polémica filosófica e intelectual en muchos de sus escritos: Ventiséis cartas..., iam cit.; El Espiritualismo, iam cit.; "Carta sobre la filosofía ibérica", Revista de Instrucción Pública, I (1857) 494-495; 691-693; 707-709; "Al Señor Sanz del Río y a la Esperanza", Revista de Instrucción Pública, III (1857-1858) 219-220; "Filosofía. Contestación a la Alhambra", Revista de Instrucción Pública, III (1857-1858) 276-278; 305-307.; Cartas filosóficas a Don Ramón de Campoamor en contestación a su obra de lo absoluto, Béjar, Impr. de Téllez y Cía, 1866, págs. 117.; "Los filósofos del siglo décimonono. Importancia social de la filosofía", Boletín Revista de la Universidad de Madrid III (1870) 237-249, y otros posteriores.

<sup>28</sup> Confirma que en su obra, como en la de Platón, la vinculación entre poesía y filosofía es muy estrecha.

<sup>29</sup> Aquí aparece plasmada su confesión filosófica. Se siente admirador de Platón y San Agustín, a quien en más de una ocasión llama "el Platón del cristianismo", como vemos unas líneas más abajo.

<sup>30</sup> Lo que en realidad está sugiriendo es, no sólo la superación filosófica de Aristóteles por Platón, sino la actualización y renovación de la Universidad de Salamanca, donde estudiaron Nicomedes Martín

Mateos, Alvaro Gil y otros liberales al filo de los años 1830, y en un contexto en que la universidad se había visto desprovista de profesores que en su día habían defendido posiciones liberales. La represión fernandina sobre personas e ideas sume a Salamanca en un progresivo ostracismo, y en posiciones ideológicas muy vinculadas al escolasticismo, cfr. MARTÍN GARCÍA María José: "El ochocientos. Desmantelamiento de la universidad tradicional", pp. 185-202 en FERNANDEZ, M; ROBLES, L.; RODRIGUEZ SAN PEDRO, L.E. (eds.): *La Universidad de Salamanca. I. Historia y proyecciones*. Salamanca, Edic. Universidad de Salamanca, 1989.

<sup>31</sup> En este párrafo resume su devoción por Platón y confirma su fina y decidida crítica hacia la escolástica, algo que mantendrá hasta el final de sus días.

<sup>32</sup> Además de su obra *El espiritualismo...*, iam cit. sugerimos la consulta complementaria de sus trabajos "El catolicismo y la filosofía alemana", *Revista de España*, 60, XV (28 de agosto de 1870) 541 y ss; 63, XVI (13 de octubre de 1870) 360 y ss; 64, XVII (13 de noviembre de 1870) 94 y ss; 65, XVIII (28 de febrero de 1871) 539-555; 72, XIX (13 de abril de 1871) 379-395; 77, XX (13 de mayo de 1871) 64-77; 80, XX (28 de junio de 1871) 542-550. "La revolución filosófica en el siglo XIX", *Revista de España*, 130, XXXIII (28 de julio de 1873) 145-162; 131, XXXIII (13 de agosto de 1873) 304-322; 133, XXXIV (13 de septiembre de 1873) 84-97; 134, XXXIV (28 de septiembre de 1873) 145-162; 136, XXXIV (28 de octubre de 1873) 512-528; 142, XXXVI (1874) 145-158; 146, XXXVII (28 de enero de 1874) 190-207; XXXIX (1874) 145 y ss; XL (1874) 464 y ss; XLI (1874) 166 y ss. "Las corrientes filosóficas del siglo XIX", *Revista de España*, LVII (1877) 56-78; 161-173; LXIV (1878) 206 y ss; LXVI (1878) 221 y ss; LXVI (1879) 313 y ss; LXVIII (1879) 221 y ss.

<sup>33</sup> Desde el anuncio que hace en este opúsculo hasta en sus trabajos más postreros la espiritualidad es la piedra angular de su filosofía. Sobre todo lo desarrolla, como ya hemos advertido, en *El espiritualismo...*, iam cit. También la resume con anterioridad en *Breves consideraciones sobre la reforma de la filosofía*, Salamanca, Imp. Morán, 1853.

<sup>34</sup> Reitera aquí, casi en el origen mismo de su obra filosófica escrita, la profunda raíz metafísica de la misma.

<sup>35</sup> Es la tolerancia otra de las claves de su vida ciudadana, de sus actitudes políticas, de su concepto

de la filosofía, cfr. *La Tolerancia*. Opúsculo político dedicado a Don Simón Sánchez Lerín. Madrid, Imprenta del Siglo, 1848, págs. 48.; "Breves consideraciones sobre la tolerancia de la filosofía", *Revista de España*, LXXI (28 de noviembre de 1879) 164 y ss.; "Tolerancia filosófica", *Revista de España*, LXXII (13 de enero de 1880) 25-37.

<sup>36</sup> Lamentamos indicar que nos ha sido imposible encontrar hasta el presente el segundo de los opúsculos que menciona el autor. El primero es el ya citado en la nota 35.

<sup>37</sup> Sigue jugando literariamente con un lenguaje intimista.

<sup>38</sup> Parece indicar que la simpatía que tuvo hacia el socialismo utópico no fue más que un pecadillo pasajero de juventud, que pronto supera, como escribe unas líneas más abajo. Véase también "La Commune de Paris. Reflexiones filosóficas. Al ilustrísimo señor Don Juan Valera", *Revista de España*, 82, XXI (1871) 221-235; "Consideraciones sobre la discusión de la Internacional", *Revista de España*, 91, XXIII (13 de diciembre de 1871) 348-359; 93, XXIV (13 de enero de 1872) 101-110; 95, XXIV (13 de febrero de 1872) 365-377; 97, XXIV (13 de marzo de 1872) 81-91.; "Genealogía del socialismo", *Revista de España*, 1C (1883); "De la utopía y de los ideales modernos", *Revista de España*, 467 (25 de septiembre de 1887) 207-225.

<sup>39</sup> En efecto, aunque muchas de sus ideas aparecen sólo esbozadas en este trabajo, *El ruiseñor...*, en nuestra opinión resulta ser un precioso resumen de su posición filosófica, que no variará salvo leves matices.

<sup>40</sup> Se refiere a su gran obra de filosofía *El espiritualismo...*, iam cit., que parece estar ya escrito en estas fechas (1851), pero que aún tardará diez años en ser impreso en Madrid. Por la correspondencia que mantiene con Laverde y Julián Sanz del Río (ver nuestro libro iam cit. *Don Nicomedes Martín Mateos. Antología de textos breves*, 1990, pp. 265-272.), sabemos que es por iniciativa de Campoamor por lo que Martín Mateos actualiza esta obra, y finalmente aparece publicada entre 1861-1863 en cuatro gruesos volúmenes. Pensamos que el autor da a conocer la estructura del *Curso de Filosofía* en el opúsculo ya citado *Breves consideraciones sobre la reforma de la filosofía*, que aparece en 1853.